

LA ZARABANDA
GARCÍA MARTÍNEZDe San Javier
a FloridablancaUn busto de Quirós (sobre Pedro Soler)
que pide venir a Murcia

Cualquiera que lo conociese aunque fuera de un rato, se estará dando cuenta ahora de que, aunque se nos murió, en el concreto caso del periodista Pedro Soler, tan singular persona y tan jugosa obra siguen viviendo en la memoria colectiva. Eso es algo que se da nada más que en unos pocos. En aquellos que pasaron por la vida, dejando la impresión de haberla vivido más para los demás que para ellos mismos. Los que venimos detrás lo agradecemos por medio del recuerdo.

Hablamos del hombre del sombrero, barba entrecana y mirada algo socarrona, que veíamos casi a diario por las calles de la Murcia vieja, y que tenía su apeadero preferido en el Museo Gaya.

—¿Donde las jacarandás?

Donde las jacarandás, verdaderamente. (El mismo Gaya pintó al periodista ligero de equipaje). Solía sentarse en las terrazas de los cafés que tan numerosos bullen en los alrededores. Tomaba meramente agua (como las palomas en la fuente de Las Flores) e hilaba conversación, tanto rememorativa como prospectiva, con algún artista, la mayoría plásticos. Y cuando cavilábamos que no se

nos iba a morir nunca, se largó allá dondequiera que se reúna la hermosa gente.

Oché Cortés le ha hecho una entrevista (para el espacio audiovisual Palabras en la Red) al escultor Quirós, cartagenero de San Javier. En el discurrir de la entretenida conversación reluce, por boca del artista, la referencia al amigo muerto. Y así fue como supimos que conserva el imaginero un busto en barro que le hiciera a Pedro Soler. Me pregunto si no sería esta una excelente oportunidad para llevar dicha obra, pasada al bronce, hasta algún rincón apacible de esa Murcia de la que Pedro Soler era fidelísimo Cronista Oficial.

Durante las muchas horas que investigó en el Archivo Municipal, se engolfó (literariamente hablando) con la vida y obra de murcianos ilustres. Entre ellos, los escritores Selgas y Jara Carrillo, que ahora entretienen al Conde, con himnos y prosas, en el Jardín de Floridablanca. Y se me ocurre sugerir a quien corresponda, que seguramente los tres aceptarían con agrado la compañía de Pedro (a la sombra de los ficus monumentales), si se plantase allí el busto que Quirós modeló aquel día.

TIRANDO A DAR
ANA MARÍA TOMÁS

Incertidumbres

Estamos rodeados de ellas. Pero esta sensación es ahora infinitamente más acuciante ante la situación que vivimos



Hola, hija, si no te llamo yo, se te pasa la mañana sin llamar a tu madre», le dijo a su sesentona hija con el mismo tono cariñoso que si tuviera quince años. «Pero ¿qué dices, mamá? Si hemos hablado hace menos de cuatro horas, me has dicho que estabas recién levantada, que ibas a desayunar y que después saldrías a la calle para hacer unas compras ¿es que no te acuerdas?». Y justo en ese momento comenzó a saltar la alarma. No era la primera vez que olvidaba, que confundía días, datos, notas, conversaciones... que olvidaba que olvidaba. Lo cual le ahorró muchas de las pesadumbres que tuvo que vivir su familia, sobre todo su madre, al ver cómo su hija, veintitantos años más joven que ella, dejaba de reconocerla y se alejaba de todo llevada de la mano de ese asesino de recuerdos llamado Alzhéimer. Incertidumbre.

«¿Sabes algo de los resultados de la biopsia?»; preguntaba una hermana a otra. Incertidumbre.

«¿Te han dicho ya si el test del coronavirus es negativo?». Incertidumbre.

«¿Cuándo te van a responder a si estás admitido al trabajo?». Incertidumbre.

«¿Qué sabes de tus notas?». Incertidumbre.

«¿Por dónde van las listas de los maestros de inglés?». Incertidumbre.

«¿Has visto si la bolsa de trabajo avanza lo suficientemente rápida para que puedan llamarme?». Incertidumbre.

«Te voy a dar el tiempo que ne-

cesites para ver si me amas... pero, por favor, no te demores más de lo necesario, en realidad, ese tiempo me está devorando las entrañas». Incertidumbre.

«¿Doctor, ¿de verdad me está diciendo que ya nunca más volveré a caminar?». Incertidumbre.

«¿Te han dicho ya si te publican el libro?». Incertidumbre.

«¿Te ha dado el sí?». Incertidumbre.

«No puedo soportar esta incertidumbre hasta saber si, finalmente, tras tantos intentos fallidos, esta vez siguen adelante los embriones implantados y puedo ser madre».

Estamos rodeados de incertidumbres. Pero esta sensación es ahora infinitamente más acuciante ante la situación que estamos viviendo en la actualidad. No nos gusta la incertidumbre, pero tampoco nos gusta saber. No, al menos, cuando aquello que vamos a saber no son buenas noticias.

Los médicos dicen que muchos enfermos no quieren saber su diagnóstico si este es negativo. Prefieren vivir en una ficticia situación de 'todo está bien' a saber la verdad sobre ellos. Que prefieren no pensar y que el marrón de lo que venga después se lo coma su familia. Aunque, muchas veces es la propia familia quien le pide al médico que no se le ocurra de poner al corriente de la situación al paciente porque ellos tendrían que bregar, además de con la enfermedad física, con la depresión que le sobrevendría.

Cuántos padres han mirado al médico que les anunciaba unos daños cerebrales irreversibles de

su hijo como quien mira a un extraterrestre que no sabe nada de nosotros. ¿Qué puede saber un médico del poder curativo del amor de una madre?, ¿de la fuerza poderosa de la fe?, ¿de todo aquello que de seguro sanará a su hijo? ¿Qué...?

Otros en cambio, entre los que me incluyo, además de no soportar la incertidumbre, quieren saber la verdad de aquello que les angustia, por dolorosa que sea, y tomar las decisiones que dejen su paso por este mundo lo más acorde a sus creencias o pensamientos.

Ya sabemos que 'Morir tenemos', tal y como se recuerdan cada día los monjes cartujos después de haber cavado un poco su propia y futura tumba para no olvidar la fugacidad de la vida, pero lo que no queremos saber es si eso puede ocurrir esta misma noche o dentro de noventa años o más, que «a Dios no hay que ponerle límites», como me decía un venerable franciscano. Y vivimos pensando que, puesto que somos eternos y solo se mueren los otros, tenemos tiempo de sobra para arreglar aquel entuerto que arrastramos años o resolver la dolorosa situación familiar que causan nuestros egoísmos.

La incertidumbre solo es soportable cuando sabemos que puede desembocar en buenas noticias, pero, cuando no es así, querríamos matar por igual a la incertidumbre y al mensajero que la elimina. Y, quizás, en muchos casos sería el propio mensajero quien deseara que se lo tragara la tierra antes de abrir la boca.

SOCIEDAD DE LA DESINFORMACIÓN

La Fiscalía y los bulos

La Fiscalía de la Audiencia Nacional ha archivado la denuncia de Podemos por dos bulos difundidos en Internet para criticar al Gobierno. El caso tiene su recorrido. Se puso en marcha, durante el confinamiento, una escalada de acusaciones al Ejecutivo de preparar la vía a la censura y a algunos sectores de actuar como una organización criminal para desestabilizar el país. Los mensajes trataban de decir —con imágenes de ataúdes y cadáveres tomadas en Lamapedusa y Ecuador— que en España había más fallecidos que los mostrados en los

datos oficiales. El archivo de la causa considera que la libertad de expresión está por encima de otras valoraciones y rechaza todas las acusaciones del partido de Pablo Iglesias. Establece que, ante la falta de datos ciertos del Ejecutivo, las afirmaciones de los bulos no eran sino una crítica política. Es significativo que las mentiras fueran desmontadas por los medios de comunicación, este incluido. La búsqueda de la verdad fue llevada a cabo por los periodistas. Mientras las redes y algunos opinadores se embarraban en estos montajes. **LUIS ANARTE**

CARTAS AL DIRECTOR

Estado y 'okupas'

Resulta que algunos actos son delictivos si los comete un individuo, pero no si los perpetra el Estado, porque entonces son legales, según las normas que este dicta como juez y ejecutor. Usted no puede ir zurrando al personal por la calle, pero la Policía sí porque ejerce el «uso legal de la violencia». Tampoco puede usted quitarle a la gente su dinero, ni practicar la usura, pero el Estado puede crujirle a impuestos con los que alimentar a la burocracia. Igualmente puede extor-

sionarle con recargos e intereses abusivos si se demora un minuto en apoquinar, mientras que las administraciones tardan meses en pagar y sin un céntimo de intereses. Políticos y funcionarios gozan de garantías como la inviolabilidad, la inmunidad y el aforamiento, que los blindan frente a una Justicia que caerá sobre usted en cuanto alguien le acuse de algo, aún sin motivo.

Si va a pasar sus vacaciones o disfrutar de su jubilación en el apartamento del Mar Menor que tanto sudor le ha costado y se encuentra con la cerradura cam-

biada por delincuentes que han allanado su morada para atrincherarse en ella, le esperará un calvario de muchos meses hasta que se expida la orden de desalojo. Y entonces encontrará su casa expoliada y destrozada, mientras los usurpadores se van de rositas a por la siguiente víctima, con la comprensión de uno de los dos partidos políticos que gobiernan España y la aquiescencia del otro.

Ahora ocupe usted la dacha de algún cargo o la morada de una señorita de toga o escaño. Verá lo que tarda la Policía en sacarle es-